

Jorge Zalamea:

viajero, prosista, poeta

Escribe: HUBERTO JARAMILLO ANGEL

“Feliz quien como Ulises hizo un hermoso viaje”.

I — VIAJERO DE VARIOS MUNDOS

Haber ido a muchos países, a muchos mares, a muchos puertos, a muchas ciudades y a muchos sitios lejanos y, al regresar al solar nativo, no encontrar, en la casa paterna, al buen hermano que le diga, como en “las mil noches y una noche”: “Hermano mío, he aquí mil sequíes, compra camellos y no viajes más”, no deja de ser, sin duda, una gran tristeza. Pero es, al mismo tiempo, una hermosa alegría porque así existe el compromiso de echar el ancla y de no partir, en lo sucesivo, hacia ningún remoto horizonte.

Jorge Zalamea, el escritor y el poeta, el viajero y el hombre de cultura universal, no ha encontrado, al volver de sus lejanos viajes, nada distinto a las dulces playas que lo vieron partir, al huerto que notó su ausencia, la alcoba familiar que se quedó vacía o el claro y verde jardín, el bosque claro y verde, que no escucharon, por espacio de meses y de años, su pausado discurrir o su alta voz de peregrino y de esteta.

En efecto. Zalamea ha ido hasta más allá de donde el hombre de América suele ir: Calcuta. Ceilán. Singapur. Hong-Kong. Tokio. Moscú. París. Roma. Berlín. Varsovia. Budapest. Shanghai. Estocolmo. Buenos Aires. Nueva York. Londres. La Habana. Atenas. México. Viena. Pekín y, acaso Jaipur. Bombay. Madrás o todavía las humeantes, desoladas y trágicas Nagasaki e Hiroshima. Casi el mundo entero. Sin evadir calcinantes soles o pérfidas cumbres de perpetuas nieves o de perpetuos vientos agresivos. Viajero de las sensaciones, Zalamea también ha sido viajero de las ideas nuevas y de las nuevas formas del arte y la belleza. Su **Sueño de las escalinatas** —un itinerario de violentas audiencias de multitudes acosadas por el odio, el sudor, el hambre y la peste— no es, a la postre, otra cosa que un himno de rebeldía. Un grito, colérico, de protesta o una proclama para que los trabajadores de las fábricas se lancen a la guerra:

“Ya estáis aquí, creyentes, en torno mío, poblando las escalinatas. Y va a ser posible abrir la audiencia pues otras gentes de vuestra misma condición maltrecha ha venido de todos los rumbos: ora sobre las sobresaltadas praderas marítimas; ora traspasando las montañas en que tienen sede sabios, santos y otros semejantes fantasmas; ora por los polvorientos caminos que el árbol niim sombrea con sus ramas caritativas y sus hojas sanatorias”.

De cada viaje, de cada país visto, estudiado y sentido, Zalamea se trajo, en las densas pupilas absortas, extrañas muestras de paisajes y de fieras tormentas humanas. La poesía preside cada paisaje o cada huracán de sangre. No ha ido, de ese modo, el maestro, en vano, a ningún lugar de la pequeña tierra, el pequeño globo, habitada por los hombres. Viajero moderno, este poeta, a semejanza de Kipling, del viejo Anatole o del voluptuoso Paul Bourget, al bajar, un día, en Corfú, tuvo que preguntarse, como la cosa más natural para un extranjero que no lleva rumbo determinado: “Bajo o no bajo”.

Pero Jorge Zalamea sí bajó, del barco, para entrar, como antes lo había hecho a Tampico o a Barcelona, el dorado puerto en donde la generalidad de las mujeres huelen, como Venus, a frescos dátiles o a cristalinas espumas de mar.

Viajero de varios mundos, Jorge Zalamea, no ha encontrado al regresar de sus largos peregrinajes, el buen hermano que le diga: “Hermano mío: he aquí mil sequíes. Compra camellos y no viajes más”.

Esa ha sido, naturalmente, una gran fortuna para el poeta. Y para quienes como yo se deleitan, siempre, con la espléndida maravilla de su prosa y de sus versos.

II — LA POESIA IGNORADA Y OLVIDADA

“Lo bello es siempre bueno”.

Nada que más enseñe y que más deleite, en materia de bellas letras, que la lectura, bajo el oro vespéral de la aldea, de cualquier capítulo de este libro maravilloso y diáfano que Jorge Zalamea escribió y publicó para dotar a la crítica contemporánea de un estupendo itinerario de arte y de belleza, superior a muchas célebres páginas firmadas por Ernesto Renán. Cada línea de esta obra, y para atenernos a la admonición de Hipólito Taine, desentraña un misterio poético pero crea, al mismo tiempo, una ley inmodificable y hermética.

No son meras palabras o meras exóticas citas tomadas de exóticos poetas antiguos y semi-olvidados por el superficial juicio de moda. No. Zalamea, a lo largo de su admirable estudio, prueba, como solía hacerlo Gide, que las palabras tienen alas y que, por esa razón, lo mismo pueden anidar en los apacibles oasis de los desiertos asiáticos, que sobre las nevadas crestas —espejos ilusorios— del remoto Himalaya. La palabra, que sin el ámbito de su origen, dejaría, de pronto, de cumplir su portentosa misión:

“... Pero el rito —dice Zalamea— sin la palabra, sería nada: tan vano como las sombras chinescas, tan frágil como la estela que dejan en el aire las grullas en vuelo, tan innane como el menearse de un junco”.

Es el hechizo de la palabra poética. Zalamea, línea a línea, en su libro, está aludiendo, de continuo —una veces sin decirlo y otras diciéndolo— al particular valor de cada palabra, en la prosa o en el verso. Con preferencia en el verso. La erudición del maestro Zalamea es enorme. ¡Cómo ha estudiado, este escritor, durante toda su vida! Sus lecturas se cuentan por millares de libros. Y leídos en diferentes idiomas. Poligloto, el poeta, se pasea, con singulares méritos, por culturas y lenguas foráneas. De esa manera puede darnos, y nos da, notas tan finas y certeras como la siguiente, en donde, además, se refiere a una de las variadísimas experiencias de sus viajes por el mundo de la belleza y del arte:

“...Volando hace algunos años sobre Bahrein, veía yo el desierto color de miel y el acerado mar pérsico con visos violeta. Sobre las arenas, el rígido bosque de los pozos de petróleo; los redondos y achaparrados tanques grises, como fósiles de grandes bestias prehistóricas; la gorda línea de los oleoductos; los reverberantes techos de hangares y campamentos; el ciempiés de una línea férrea. Todo un paisaje mineral, hostil al hombre, sofocante, inclemente”.

Palabras vivas. Pero, del mismo modo, imágenes, del camino andado, también vivas. No se va, sin duda, en vano, a tierras de fuego o a desiertos de hielo. No se vuela, sobre los lagos azules de Suiza, en vano. A Nápoles, por ejemplo, no se llega, un día de inesperadas sensaciones, en vano. Barrés no llegó, jamás, en vano a lugar alguno de Europa o de Asia. Zalamea, ni en sus lecturas de la poesía ignorada y olvidada, ni en sus viajes, abrió nunca en vano un libro, tomó un barco, un tren, un avión, un camello o un elefante. Todo lo contrario:

“...No conozco, en efecto, poeta más libre que este. Libre de prejuicios de raza, de nación, de cultura, de religión, de política; libre de las en apariencias ineludibles trabas del tiempo y el espacio”.

Habla Zalamea, de Saint-John Perse, a quien tradujo y de quien se confiesa, a menudo admirador constante:

“...No considero aventurado decir que ningún poeta de los tiempos modernos ha comprendido, aceptado y cumplido esa misión con mayor amplitud y nobleza que Saint-John Perse. Toda su inmensa obra forma, en efecto, un himno reverencial a los reinos de la naturaleza y a las obras del hombre”.

Y, en cuanto a otros poetas —más alejados en el tiempo, en la historia y en la geografía— Zalamea se complace en hacer una franca, erudita y noble excursión, de la cual regresa siempre, cargado de bellos dones y de bellas joyas, apenas comparables con la música del mar o con el fragoroso huracán de las selvas:

*¡Qué bellas son las flores!
Collar de jades lucientes y redondos.
Ancho plumaje de plumas de quetzal.*

*arco de plumas finas,
oro, flauta bien acordada... he ahí lo que es para mí tu canto.
Qué bellas son tus flores.*

Es poesía ignorada y olvidada del México remoto, el México que le rendía ardiente culto al dios Xochililli, una deidad azteca tan llena de leyenda y de gracia como el himno al jaguar americano, cantado por Whitman, el viejo de las blancas barbas que se parecía, en ocasiones, a un violento Neptuno, ebrio de mirarse en las inquietantes aguas del mar.

Pero, en este libro, hay algo más que fina y sabia erudición: Zalamea no hace ningún alarde de conductor de pueblos, pero en el fondo, y como ya lo hizo en su **Sueño de las escalinatas**, no puede evadirse de la misión para la cual nació, estudió, escribió, viajó, pensó, soñó y luchó desde su infancia y desde cualquier sitio de la tierra a donde su sed de paisajes y de cosas lo llevó, fugitivo de su propia sangre, en busca de las vivas fuentes de la eterna poesía y de la eterna ciencia del hombre.

Expedición, llama Zalamea, su ir en pos de la poesía ignorada de los siglos. Cuando invita al lector, a que le haga paciente compañía, lo que el escritor está haciendo de veras, es abriéndole las puertas de la gruta en donde, como en la cueva de Ali-Babá, pueden encontrarse, en efecto, los más ricos tesoros codiciados por la vieja piratería humana.

Expedición, con estaciones obligadas en muchas épocas y en muchas culturas poéticas. Zalamea no se cansa. No se agota. No se da la más mínima tregua ni el más leve reposo. Trabaja. Y, en provechosos periplos, se marcha de pronto, lo mismo hacia Moscú que hacia las encantadoras playas de la Costa Brava. Mas Jorge Zalamea no viaja nunca por el solo hecho de viajar. No.

Viaja por los caminos de la tierra o por las marañas de los libros, para buscar por doquier la poesía ignorada y olvidada.

III — CANTOS DE LA NOCHE

“El lenguaje de la verdad es sencillo”.

No es superior en Zalamea, el prosista al poeta en verso. No fue Lorca, como poeta en verso superior al poeta en prosa de **La casa de Bernarda Alba**. D’Annunzio tampoco. Rubén en prosa fue tan grande, tan genial, como en verso. Todo gran poeta, para serlo de veras, tiene necesidad de ser de igual modo, gran prosista. Ya está dicho. Una prosa fuerte, clara, limpia, de cantarinos acentos, de núbiles contornos como la de Azorín, se eleva por si sola a la categoría de poema. De poesía pura. Zalamea, en sus cantos de la noche —cinco poemas en verso por cuyo mundo pasan águilas y ruiseñores— anda con seguro dominio por tierra firme de poesía:

*Soledad, estás conmigo
mas no hacemos compañía;
Soledad, me estás besando
y estás fría;*

*Soledad, tus labios mudos
son más yertos que tus muslos.
Soledad, ¿por qué no buscas
otro amigo?*

Un poema lorquiano en parte, y que Lorca sin duda habría firmado con positivo orgullo. Sin embargo, Zalamea al escribirlo, es seguro que no pensó —ni irá a pensarlo— que este canto es una obra maestra de la desolación, del hastío o de la tristeza irremediable. Hermano de otro canto de la noche, sirve a veces para que se entre al bosque de la muerte o para que se salga del bosque taciturno de la muerte:

*Las nubes amarillas del hastío
barren dioses del cielo:
qué ilímites espacios azulinos,
qué espantable vacío.*

Desolación. Cansancio. Vacío. Un horizonte de nostalgia que no tiene en la tierra linderos. Zalamea, poeta en verso, tiene que fugarse a menudo hacia no sabe qué intranquilos reinos de soledad o de angustia humana, de zozobra humana. Entonces para no sucumbir bajo el peso de su misma soledad o de su misma nostalgia metafísica, deja que su propio grito recorra, como un eco de montañas en terrible alumbramiento de gigantes, el mundo entero:

*Un grito,
un grito,
un grito
más duro que el dentado
cuerno curvado
del dorado escarabajo
mimetizado entre las cañas de oro.*

Soledad. Trasunto —adivinación, mejor— de la muerte. Estar solo en el viaje cotidiano. Y solo también, a la hora de la muerte. Es el alarido sincero del poeta. Su voz clama como desde el fondo de una fatal desesperación, por la llegada de la muerte. No tiene miedo de la muerte. Imprecar la muerte. Y marcha a su encuentro. Los soles derriten la flor de la carne. Las lunas —pálidas lunas de invierno— no alumbran ya el desolado huerto de tirsos del poeta.

*Pues vuelto estoy
hacia la muerte.*

La llama se apaga. O se apagará un día entre los días, sin remedio. Ya nada podrán los martillos, las antenas o los puertos con aduanas para la llegada o la partida. Nada. Todo está —o tendrá que estar— bajo el frío dominio de la muerte:

*En el fervor de la muerte me consumo,
a su favor maternal me entrego,
en su amor soberano me cobijo,
en su ciego furor me apaciento,
a su flor tenebrosa me resigno.*

Si. No le teme el inmenso poeta que hay en Jorge Zalamea, a la segura llegada de la muerte. La muerte, tenemos el derecho de esperarlo, no habrá de venir todavía, para este hombre que ha visto con serenidad las más amargas tristezas del mundo: Zalamea en sus viajes, no ha buscado jamás para apagar su sed, una fuente de lágrimas sino un mar de azules alegrías. Tal el vivo ejemplo de Hugo o la fecunda enseñanza de Barrés.

En **Cantos de la noche** Jorge Zalamea nos da viva y provechosa, una profunda lección de poesía. Y de soledad. Su voz de poeta en verso trasiega misteriosos caminos de arte y de belleza. Son los mismos caminos recorridos por el poeta en cualquiera otro de sus libros de prosa. **La poesía ignorada y olvidada**, por ejemplo.